

Juan José Saer, desde la orilla que es memoria

Carlos Pineda

para Ana Rosa Domenella
y Laura Cázares

LA MEMORIA ES LA CORTEZA DE LA VIDA: epidermis de la enunciación, por lo tanto, orilla. Y como tal, limbo: transformación, principio ontológico que fractura el orden de las lindes que la conforman; comunión de opuestos y amalgama de contradicciones que se consumen en un instante, dejando tras de sí una estela plurisémica sin bordes ni gravedad.

Entonces, (re)presentar el mundo desde y a través de sus orillas es un acto temerario que crea, en su intención, un anfibio conceptual; un momento privilegiado para la generación de nuevas epistemes.

Desde este límite, Juan José Saer (1937-2005) decidió anclar su galeón prosístico con la mirada bien fija en el horizonte crítico, transformando el “río sin orillas” en que se convierte la palabra, cuando es convocada por el creador (a la vez penitente de la lengua), en escalpelo que rasga el tul de silencio en busca de develar la circunstancia paradójica y los intersticios conceptuales de toda escritura.

Saer intentó, más allá de la mera búsqueda genésica, esclarecer(se) la relación entre la memoria (la loca usurpadora de la casa), la “verdad” (de cierta realidad ahora nombrada como pasado: tiempo vivido por ese otro que fue uno, pero que ahora es mera reconstrucción) y la escritura, realizada desde un presente esquivo, equívoco y fugaz.

A partir de esta triplete de afluentes el novelista rioplatense levantó los muros de palabra de la que es para muchos su mejor novela y ahora, tras su reciente muerte, es nuestro puerto y pretexto de homenaje: *El entenado*,

obra publicada originalmente en 1983 y reeditada el año pasado por Seix Barral.

Ficción histórica, o como quería su autor: “antropología especulativa” enclavada a mitad del delta prosístico saeriano, cerca, muy cerca del sólido altiplano verbal de la poesía que siempre guió su pensamiento. *El entenado* es, de muchas maneras, una obra paradigmática que sintetiza la estética y las proposiciones filosóficas y metafísicas de Saer; y es también un testamento adelantado que nos deja pasmados ante la angustia de la existencia, la relatividad de lo que solemos considerar como vida y, por supuesto, del “fracaso” de la enunciación.

A lo largo de su novelística, de *El entenado* a *La grande* (novela editada de manera póstuma por Seix Barral a fines de 2005), encontramos el cuestionamiento de la noción de un yo que quiere ser “Yo”, pero que es consciente de que es a través de los otros (o mejor, de su memoria) que se realiza efectivamente. Por eso, Saer precisa de protagonistas limítrofes, esto es, que estén fuera de la alineación del hombre cotidiano, como los indios ágrafos de *El entenado*: los Colastiné, que precisan del ácido balbuceo: “def-ghi, def-ghi, def-ghi”, antes que del justo decir, para interpretar el infinito que se acurruca tras las bambalinas de la identidad.

Como ya he dicho, Saer quiso interpretar el mundo, su mundo, desde esa orilla que es a la vez memoria y escritura, pero que al ser escritura es ya pura mentira, pura invención que anula la verdad para ofrecernos una lamentable e irrisoria representación de nosotros mismos, que en el afán de ser otros, y *otros* y “otros” (en busca de la nulidad de la identidad) llegamos a comprender que nuestro rostro es el rostro de ese todo metafísico que pragmáticamente hemos denominado Dios.

Saer supo también, de magistral modo, atrapar la historia en una red lógica y poética dejada a su libre albedrío en la hoja blanca del olvido. Por ello (r)escribió desde la libertad de la nada, porque sólo de esa manera, y sólo así, podría mostrar las zonas oscuras del lenguaje, de aquellos meridianos donde (como quiere el famoso bolero) sólo nos queda decir a los hablantes: “quizá, quizá, quizá”. Evidencia plausible de lo endeble de las palabras, de sus grandes abismos que solemos ignorar... ¿Por miedo? ¿Por ignorancia? O porque nos conviene que así sea, para tener siempre la posibilidad de errar bajo el cobijo de la duda.

El humano occidental –sobre todo, aunque no sólo– de principios del siglo XXI, aislado en la metástasis informática y pasmado gracias a la proliferación enfermiza de las telecomunicaciones, encuentra en la novelística de Saer un paradigma y una paradoja de la perplejidad. Porque hablar y escribir no es necesariamente comunicar sino, a veces, sólo llenar espacios de vacío con más vacío, con una vaciedad transustancial que se disfraza, gracias a sus artes mímicas, en palabra que es sólo letra muerta.



Consecuencia inmediata de esta relación enfermiza, surge la crisis de identidad del “yo”, crisis que ciertamente ya no debiéramos denominar de esta manera, en tanto que ha tiempo que no es un momento de singularidad crítica, sino un constante devenir, por lo que el otrora fenómeno de ruptura y transformación es hoy no más que mera cotidianidad.

Saer nos enfrenta con las preguntas de siempre: ¿cómo puedo comprender al otro, si el lenguaje en que intento cifrar mi pensamiento es insuficiente? Entonces, si no puedo hacerlo, ¿cómo adecuo la lengua? ¿De qué manera la fuerza para acercarme al misterio que surge de *nuestra* convivencia? Aquí pareciera que Saer está en comunión con el Wittgenstein del *Tractatus* y aquella famosa conclusión en donde planteaba que los problemas irresolubles de la filosofía (como del ser) están en el nivel del lenguaje, o mejor, de las deficiencias de éste, de su incapacidad para enunciar lo que para el pensamiento es sabido, pero no puede formular.

En los meandros conceptuales que nos ofrece la riada prosística de Saer, las interrogantes se resuelven a través de supuestos, de los “quizá” que antes he mencionado. De apuestas que traen consigo respuestas relativas. Sin embargo, esta solución saeriana no es de su completa exclusividad, sino que recorre, de otros modos y a diferentes profundidades, la novelística latinoamericana: de Onetti a Vallejo, de Del Paso a Cabrera Infante. Continuidad sospechosa que nos lleva obligadamente a pensar que nuestro momento histórico contemporáneo precisa eliminar los absolutos conceptuales y aceptar que nuestras teorías, como nuestros principios filosóficos, morales, hermenéuticos, etc., son tan sólo “especulaciones” que, como en ciertas matemáticas, se derivan hacia el infinito, sin llegar, sino en el límite, a la solución buscada.

Entenado de su propia escritura, Juan José Saer, hijo de Serodino, provincia de Santa Fe, Argentina, y muerto en París apenas ayer, nos legó con su literatura una ocasión inefable para recorrer la vida desde la antropofagia de la escritura hasta el infinito mar dulce de la palabra. Sean estas líneas ocasión de celebración y homenaje, y dejemos al autor despedirse con el primero y único enunciado del último capítulo de su novela inconclusa *La grande*: “Con la lluvia, llegó el otoño, y con el otoño, el tiempo del vino”.•

CARLOS PINEDA es poeta, ensayista y editor. Autor de *Imajo* (UAM, 1997) y *Escenas en el proscenio* (UNAM, 2000).